

Dios con nosotros

El Adviento es una estación de esperanza y alegría. Durante estas cuatro semanas, la iglesia recuerda la venida del Hijo de Dios que llegó a este mundo para salvar a los pecadores... que sigue llegando al corazón de los creyentes por medio de la Palabra y los sacramentos... y que vendrá otra vez en gloria a juzgar a los vivos y a los muertos.

El Adviento es, entonces, un tiempo de preparación y arrepentimiento para esperar la llegada del Niño de Belén, y también un tiempo de reflexión sobre el gran amor que Dios demostró al cumplir su promesa de salvación.

Es nuestra oración que estas devociones le guíen durante este tiempo de espera y reflexión. Que Dios le bendiga en su camino.

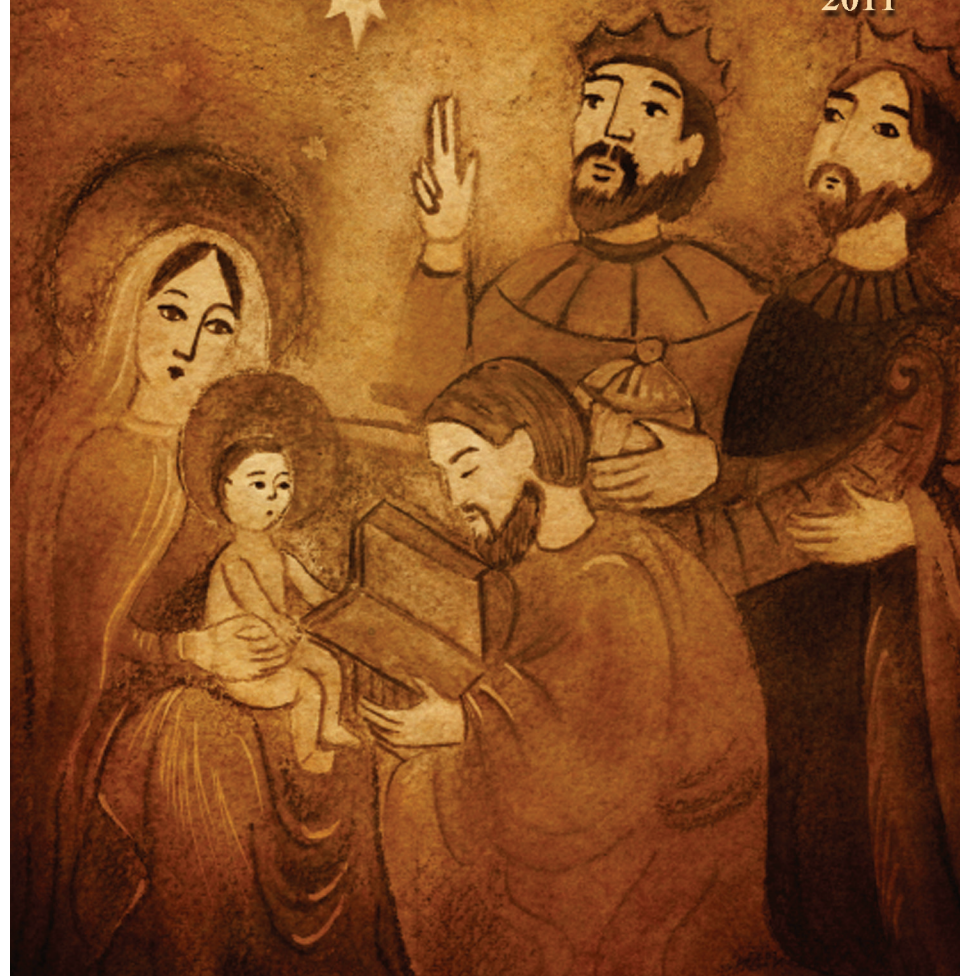
En colaboración con Cristo Para Todas Las Naciones©



CRISTO PARA TODAS LAS NACIONES
Compartiendo un mensaje de esperanza

Dios con Nosotros

ADVIENTO-NAVIDAD
2011



Esperar no es fácil. En una época en que las comunicaciones son instantáneas, es bueno recordar que Dios desea que nos tomemos el tiempo para esperar y preparar nuestros corazones. Lamentaciones 3:26 nos dice: *“Bueno es esperar calladamente que el Señor venga a salvarnos”*.

Durante siglos, durante las cuatro semanas que preceden a la Navidad la iglesia cristiana ha observado un “período de espera” al que llamamos de *Adviento*. La palabra “adviento” viene de “advenimiento”, o “venir”, del latín. La misma hace referencia a la “*venida*” de nuestro Señor Jesucristo en la primera Navidad, como su segunda venida, cuando habrá de regresar en gloria, como el Rey de Reyes.

Le invitamos a que aproveche este tiempo de espera para enfocar su atención en Dios. Es nuestra oración que estas devociones sean motivo de bendición para usted y sus seres queridos, mientras “esperan” la venida del Niño de Belén.

ACERCA DEL AUTOR

El Rev. Germán Novelli nació en Caracas, Venezuela. Es graduado como Licenciado en Comunicación Social, Periodista, y tiene, además, dos títulos superiores en Teología y Divinidades.

Desde hace seis años está sirviendo a la iglesia luterana en el estado de Wisconsin, donde fue parte del establecimiento de tres congregaciones hispanas en el área de Milwaukee.

En la actualidad, el pastor Novelli está a cargo de la congregación hispana en Racine, a la vez que sirve como misionero a la comunidad hispana en el área de Milwaukee.

Junto con su esposa Emilia, también venezolana, tienen cinco hijos.

Para imprimir más copias de este devocional, diríjase a
www.paraelcamino.com/adviento

© 2011 Cristo Para Todas Las Naciones

Las citas bíblicas han sido tomadas de:
La Santa Biblia–Nueva Versión Internacional®
Copyright © Sociedad Bíblica Internacional, 1999

Llegarán días

“Llegarán días —afirma el Señor—, en que cumpliré la promesa de bendición que hice al pueblo de Israel y a la tribu de Judá.”

Jeremías 33:14

Como cada Palabra que sale de la boca de Dios, podemos estar seguros de que, aunque haya sido revelado y escrito con cientos de años de antelación, sus profecías serán cumplidas. Aunque Judá fue infiel a Dios, el Señor, sin dejar de rechazar el pecado, hizo un plan para restaurar a su pueblo.

El Señor actúa diferente a nosotros. Para el ser humano los tiempos son vagos e imprecisos, pero Dios es exacto. Podemos confiar en que, en el tiempo fijado por Dios, él cumplirá todas sus promesas de bendecir y salvar a su pueblo.

La principal de ellas fue enviar a su Hijo... el Salvador que cargaría con los pecados de todos y ofrecería su vida para rescatarnos de la muerte. Jeremías vio esta promesa cumplida en presente profético 600 años antes del nacimiento del Mesías, pero aún así la dio por hecha. El tiempo fijado por Dios para cumplir su plan redentor se cumplió de acuerdo como él dijo que lo haría.

La iglesia está en el mundo, por tanto rodeada de iniquidad, pero confiada en su Salvador. Está en espera, y aguarda con la mirada puesta en la Palabra cumplida por Dios y en todas las promesas que se cumplirán cuando estemos en gloria, en presencia de nuestro Redentor.

Los creyentes caminamos en espera del Adviento hacia el pesebre, hacia la cruz, hacia la tumba vacía, pero también hacia la liberación total en el día en que Jesucristo regrese.

Oración: *Padre celestial, te pedimos que nos acompañes para esperar con alegría tu reino eterno. En el nombre de Jesús. Amén.*

En aquellos días

“En aquellos días, y en aquel tiempo, haré que brote de David un renuevo justo, y él practicará la justicia y el derecho en el país”.
Jeremías 33:15

La época de Adviento es un reloj en cuenta regresiva. Cada día nos acercamos más a revivir el momento en que los ángeles anunciaron a un grupo de pastores el nacimiento, en la ciudad de David, de Jesús, que es Cristo el Señor.

En aquellos días los pastores, los magos que llegaron del oriente, la virgen María y José, fueron testigos presenciales del alumbramiento del Hijo de Dios. Un descendiente de David que supera al antiguo rey de Israel, y cuya gloria estaría muy por encima de su ancestro.

David, al igual que nosotros, era pecador. Su reino estuvo limitado al tiempo de su vida. En cambio su Retoño nacería sin pecado, y su gobierno no tendría fin. Actuaría con justicia, no como la humana que suele tener errores, sino perfecta. El acto de equidad de nuestro Padre Creador queda demostrado cuando el Mesías cumple todas las exigencias de santidad y además, con su muerte, expía los pecados del mundo.

Es tan diferente a la práctica del derecho y la ley tanto en el mundo antiguo, como en el actual. Es que no podía ser de otra manera: porque la justicia del Señor se revela por fe y para la fe en acción total y santa. Su justicia es Cristo mismo, quien la ofrece a todos los ciudadanos de su reino.

En este Adviento vamos con gozo al encuentro del retoño de Dios, para que nos arrope con su justicia.

Oración: *Padre celestial, te damos gracias porque, por medio de tu justicia, somos declarados justos delante de ti en el nombre de Jesús. Amén.*

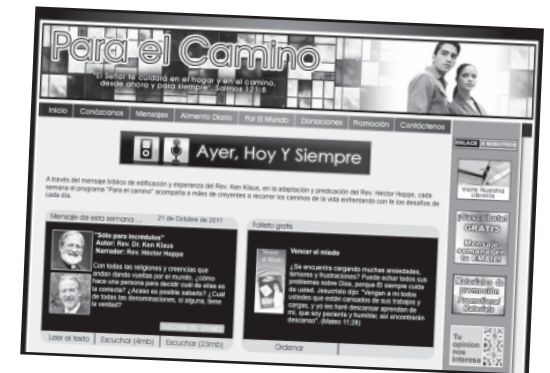
Para el Camino

Cristo Para Todas Las Naciones® continúa compartiendo la historia del Salvador con oyentes de todas partes del mundo. En respuesta a la cada vez más creciente necesidad de edificar y apoyar al pueblo de habla hispana, en diciembre del 2008 Cristo Para Todas Las Naciones lanzó al aire su nuevo programa radial *Para el Camino*®.

Con mensajes bíblicos adaptados específicamente a dicha audiencia, *Para el Camino*, la versión en español del programa *The Lutheran Hour*®, acompaña a miles de personas alrededor del mundo a recorrer el camino de sus vidas. A través de la voz del Rev. Héctor Hoppe, cada semana los oyentes reciben el alimento espiritual y la esperanza que la Palabra de Dios provee.

El Rev. Hoppe recibió su Bachillerato en Teología del Seminario Concordia en Buenos Aires, Argentina, y su Maestría en Teología Sistemática del Seminario Concordia en Fort Wayne, IN. En los últimos 18 años se ha estado desempeñando como Director de la Editorial Concordia, la división hispana de Concordia Publishing House.

Para el Camino se encuentra disponible en Internet en paraelcamino.com, donde no sólo se puede escuchar, bajar o imprimir tanto el programa de la semana como programas anteriores, sino también solicitar folletos gratis sobre temas de actualidad, tener acceso a devocionales diarios, y encontrar enlaces a otros recursos varios.



EL VERDADERO SAN NICOLÁS

¿Líder, leyenda, o mentira?

Rev. Ken Klaus



¿Cuánto sabe usted acerca de la verdadera historia de San Nicolás?
¿Qué cree que se debe enseñar a los niños con respecto a Santa Claus, o el Papá Noel?

Este estudio bíblico de una sesión, preparado especialmente para ser usado durante la época de Navidad, le ayudará a dar respuesta a esas preguntas. En él se examina la vida de un hombre que, junto a Jesucristo, es la figura más visible durante la época navideña: San Nicolás, Santa Claus, o Papá Noel, según lo conocemos en el hemisferio occidental.

A San Nicolás, quien vivió en el siglo tres, se le atribuyen muchas obras de caridad y generosidad. Reverenciado por los cristianos, y honrado por todo el mundo, la vida de San Nicolás cuenta con logros y buenas obras que son la envidia de hasta el mejor de los santos.

Pero, como sucede con todo lo que el tiempo toca, algunas cosas se han exagerado un poco. A través de este estudio, el Rev. Ken Klaus, Orador Emérito del programa radial Para el Camino, hace un repaso de las tradiciones que rodean la vida de San Nicolás, y nos ayuda a esclarecer su historia real.

La duración del video es de 25:20 min. y viene acompañado de una Guía de Discusión para trabajo en grupo. Está hablado en inglés, con subtítulos en español.

El costo del DVD y guía de estudio de *“El verdadero San Nicolás”* es de \$15 dólares (dentro de los Estados Unidos), y se lo puede adquirir en **NUESTRA TIENDA VIRTUAL** en www.paraelcamino.com, o llamando al 1-800-972-5442.

29 de noviembre

Los mensajeros de Adviento

“El Señor Todopoderoso responde: ‘Yo estoy por enviar a mi mensajero para que prepare el camino delante de mí. De pronto vendrá a su templo el Señor a quien ustedes buscan; vendrá el mensajero del pacto, en quien ustedes se complacen.’”

Malaquías 3:1

Malaquías profetiza sobre la venida de dos mensajeros. El primero es humano, y andará delante de Dios. No hay duda que es Juan el Bautista, lo que es confirmado por Mateo, Marcos y Lucas, quienes citan estas palabras para referirse a él (Mateo 11:7-15; Marcos 1:1-4; Lucas 7:24-28).

Sobre el segundo, Malaquías escribe que el Señor viene a su templo. Este es un mensajero Divino. ¿Quién es? Es el Ángel del pacto, cuya presencia es significativa en varios pasajes bíblicos: dio ánimo al profeta Elías (1 Reyes 19:7), y defendió a Israel de la persecución del Faraón y su ejército (Éxodo 14:19-20). Pero su rol más importante fue cumplir la promesa de Dios en Sinaí, cuando condujo al pueblo israelita a la tierra prometida (Éxodo 23:20-23).

Lamentablemente, el pueblo de Israel peca contra Dios adorando un becerro de oro, por lo que Dios dice que va a enviar a su Ángel para destruirlos. Pero Moisés ruega por ellos, el Señor escucha, y renueva su compromiso de salvación.

Adviento es un tiempo para enfocarnos en la promesa salvadora de Dios. Escuchemos el llamado al arrepentimiento que su mensajero Juan el Bautista nos hace también a nosotros hoy. Cristo está por venir viene a nuestro encuentro para llevarnos al encuentro de nuestro Padre de amor, gracia y misericordia.

Oración: *Padre celestial, te alabamos porque en Cristo cumpliste el pacto que nos presenta justos delante de ti, y nos da la promesa de la salvación. Amén.*

¿Quién podrá soportar el día de su venida?

“Pero ¿quién podrá soportar el día de su venida? ¿Quién podrá mantenerse en pie cuando él aparezca? Porque será como fuego de fundidor o lejía de lavadero. Se sentará como fundidor y purificador de plata; purificará a los levitas y los refinará como se refinan el oro y la plata.”

Malaquías 3:2-3a

Malaquías pregunta quién podrá soportar “el día de su venida”. Así nos desafía a mirarnos en el espejo de la ley divina. ¿Cómo es posible que un pueblo pecador y desobediente a los mandamientos pueda estar en presencia del Dios Santo? “Si afirmamos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no tenemos la verdad” (1 Juan 1: 8).

Para tener el derecho de estar en presencia de Dios, cada persona debe ser purificada y refinada. ¡Tremendo problema sin solución humana!

Por eso es que nos produce inmensa alegría saber que Jesús es el purificador por excelencia. Él hace posible que todos nosotros regresemos a su gracia, perdón y justicia. “Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad” (1 Juan 1:9).

Después que la ley nos ha llevado a reconocer nuestro pecado, el Señor nos da la Buena Noticia: nos purifica con el Evangelio, y por medio de la fe nos lleva a confiar no en nuestra propia justicia, sino en la justicia de Dios. “Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8:1).

Es bueno saber, en especial en este tiempo de adviento, que Jesucristo nos prepara para estar en la presencia de nuestro Dios. Podemos confiar en que por él, por su gracia, esperamos tranquilos su llegada.

Oración: *Padre celestial, gracias por enviar a Cristo para que sea mi justicia. Amén.*

Como los magos, miremos y adoremos al Rey

“Cuando llegaron a la casa, vieron al niño con María, su madre; y postrándose lo adoraron. Abrieron sus cofres y le presentaron como regalos oro, incienso y mirra.”

Mateo 2:11

Cada vez que leo la historia de los magos, me llama la atención su actitud. El Evangelio de Mateo no describe el lugar al que llegaron, ni ofrece mayores detalles. Solamente se enfoca en que, “cuando llegaron, vieron al niño”. Después de tan largo recorrido, no había nada más importante para ellos que ver al Rey recién nacido... ¡ver a Jesús!

Y ni bien lo vieron, lo adoraron como Dios. Un Dios que se hizo carne y habitó entre nosotros, un Dios lleno de gracia y verdad (Juan 1:14).

A la adoración siguió la entrega de sus regalos. Cada presente es un mensaje: el oro, metal muy valioso, pero aún así muy poco si se lo compara con lo que Jesús haría posible con su venida... el incienso, también costoso, pero de menor cuantía, porque representa nuestras oraciones que como grato aroma se elevan hasta la presencia de Dios... la mirra, que simboliza el sufrimiento que daría paso a la victoria sobre el pecado y la muerte, y nos traería la esperanza en su resurrección.

Al igual que los magos, la estrella de la Palabra nos ha traído hasta Jesús. Al igual que ellos damos gracias al Señor, quien nos compró con su sangre preciosa, y elevamos nuestras oraciones sabiendo que Dios responde.

Al igual que los magos, recordamos que nuestra redención está consumada, y deseamos ver al Rey que ha venido a traer salvación para todos los pueblos.

Oremos: *Padre celestial, nada tengo para darte, porque tú me lo diste todo en Cristo, el Rey de Gloria. Amén.*

Conocí a Dios

“A Dios nadie lo ha visto nunca; el Hijo unigénito, que es Dios y que vive en unión íntima con el Padre, nos lo ha dado a conocer”.

Juan 1:18

Conocí la historia de un hombre emprendedor y talentoso, pero con un pasado difícil. Su pasado lo había convertido en una persona de carácter agrio y con mal humor.

Un día, sin explicaciones lógicas, este hombre cambió radicalmente. Todo comenzó luego que visitó su país, de donde llegó transformado. Para explicar su cambio, decía: “Conocí a Dios”.

Antes despreciaba violentamente cualquier mención del nombre del Señor y las enseñanzas de la Biblia; pero ahora estaba distinto. Su respuesta siempre era la misma: “Conocí a Dios. Lo conocí a través de Cristo, mi Salvador”.

Ciertamente, la única manera de conocer, interpretar y describir a Dios, es a través de su Hijo, quien es el mismo Dios que se revela y da a conocer. “Yo y el Padre somos uno” (Juan 10:30). “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9).

El hecho que Cristo esté al lado del Padre significa que Jesús tiene pleno conocimiento de él. Ambos están divinamente unidos, y su unidad es antes de los tiempos, sin que ‘tiempo’ signifique origen, porque él es principio y fin.

En el momento decidido por Dios, Jesús entró en escena, se hizo hombre visible. El propósito de su nacimiento fue que, por medio de él, las criaturas conozcan al Creador. En su Natividad, Cristo nos trajo del cielo el maravilloso regalo del perdón y la salvación. Y con su poder nos cambió.

Oremos: *Padre celestial, te doy gracias porque, por medio de Cristo tu Hijo, me has cambiado y me has hecho tuyo. Amén.*

Ofrendas aceptables al Señor

“Entonces traerán al Señor ofrendas conforme a la justicia, y las ofrendas de Judá y Jerusalén serán aceptables al Señor, como en tiempos antiguos, como en años pasados.”

Malaquías 3:3b-4

El pueblo de Dios debía presentar al Señor distintos tipos de ofrendas. La que Malaquías menciona hace referencia a la ofrenda de granos, que era la única en la que no se ofrecía sangre. La intención de esta ofrenda no era pedir perdón por los pecados, sino mostrar gratitud al Creador, que todo lo proveía. La ofrenda de sangre, por causa del pecado, y la de granos, en acción de gracias, se ofrecían juntas.

Luego del sacrificio con sangre, el pueblo, purificado ya de sus pecados, estaba pronto para mostrar a Dios su agradecimiento por las bendiciones que les había dado. El pecador perdonado podía presentar sus ofrendas conforme a lo establecido por la ley, pero además éstas eran aceptables ante el Señor.

¿Qué aprendemos de esto? Que la santidad es imprescindible para que nuestras ofrendas le sean agradables a Dios, pues él exige santidad total y absoluta.

Tal santidad sólo es posible por medio de su Hijo, quien vino a restituir la relación entre el mundo pecador y el Dios santo. Jesucristo, cuya venida aguardamos en este tiempo de Adviento, ha refinado nuestros corazones y nos ha cubierto con su santidad. Gracias a él somos ahora un pueblo santo.

El Señor nos santifica por completo cada día, y nuestra santidad va creciendo por la obra de su Espíritu Santo, hasta su venida. Ofrendar, llamar ‘Padre’ a Dios, alabarle y adorarlo... todo esto es el resultado de lo que Cristo ha hecho por nosotros.

Oración: *Padre celestial, gracias por haberme hecho santo a través de tu Hijo. En su nombre. Amén.*

El Señor está en medio de nosotros

*“El Señor te ha levantado el castigo, ha puesto en retirada a tus enemigos.
El Señor, rey de Israel, está en medio de ti: nunca más temerás mal alguno.”
Sofonías 3:15*

Cuando habla del rey de Israel, el Antiguo Testamento casi siempre se refiere a una persona. En el texto para hoy, Sofonías hace de esa regla la excepción. El profeta identifica al rey de Israel diciendo que este ‘Rey’ es Dios, y que ha hecho grandes cosas por nosotros, lo que nos motiva a estar felices por su pronta llegada.

Como consecuencia de nuestros pecados merecíamos ser condenados. Pero, gracias al Rey soberano, nuestro castigo fue perdonado. Por nuestra desobediencia debíamos permanecer prisioneros de nuestros enemigos. Pero, gracias al Rey soberano, nuestros adversarios: el diablo, el mundo, y nuestra naturaleza viciada, han sido vencidos.

Las buenas noticias no concluyen aquí: el Rey y Señor soberano está en medio de nosotros. Mientras nos preparamos para celebrar una vez más su venida, su Adviento, podemos estar seguros que él está con nosotros. Como bien nos lo recuerdan las palabras del Salmo 23, donde Dios nos dice que su “vara y cayado nos infunden aliento”.

Durante este tiempo de espera, como en cualquier otra época del año, sufrimos problemas, pasamos por pruebas, luchas, y tentaciones. Pero nos reconforta la pronta llegada de la Navidad, en la que el Dios fuerte y Príncipe de paz nacerá para perdonar y acompañar a todos los que confiesan su Nombre.

Todas nuestras angustias y ansiedades están ahora en manos del Rey que vendrá. Estamos bajo el cuidado del Dios todopoderoso en quien confiamos.

Oración: *Padre celestial, te pedimos en nombre de nuestro soberano Rey Jesús, que no nos dejes ceder a la tentación y nos libres del mal. Amén.*

Ana

*“Había también una profetisa, Ana. Era muy anciana; casada de joven, y luego permaneció viuda hasta la edad de ochenta y cuatro. Nunca salía del templo, sino que día y noche adoraba a Dios con ayunos y oraciones. Ana dio gracias a Dios y comenzó a hablar del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén.”
Lucas 2:36-38*

Ana, llamada profetiza, es decir, una mujer que tenía capacidades para entender y explicar la Palabra de Dios, estuvo casada por siete años. Un tiempo muy breve. La viudez la llevó a buscar la mejor compañía: “Nunca salía del templo, sino que día y noche adoraba a Dios con ayunos y oraciones”.

Su avanzada edad no fue pretexto para quejarse. Todo lo contrario. Ella fue diligente en su deber de hablar con Dios y adorarlo.

Ana tenía un profundo anhelo en su corazón: esperaba la redención. Su fe en Dios le dio la certeza que ese Niño era el Redentor tan esperado. El Espíritu Santo la equipó para reconocer, sin dudar, que el pequeño, por cuya redención se ofrecieron en sacrificio dos palomitas, daría su vida en rescate por los pecados de todo el mundo.

La alegría que sintió fue tan grande, que su corazón se llenó de gozo y le dio gracias a Dios por haber puesto fin a la larga espera y haber hecho llegar la salvación. ¿Cómo iba a mantener en secreto algo tan importante? Tenía que dar a conocer semejante noticia, y así lo hizo. La Biblia dice que: “Comenzó a hablar del niño a todos”.

Un creyente nunca deja de hablar de Cristo, sino que siempre está listo para testificar de Jesús.

Oremos: *Padre celestial, capacitame con tu Espíritu Santo para comprender y compartir tu Palabra. Amén.*

Mis culpas él llevó

“Este niño está destinado a causar la caída y el levantamiento de muchos en Israel, y a crear mucha oposición, a fin de que se manifiesten las intenciones de muchos corazones. En cuanto a ti, una espada te atravesará el alma.”

Lucas 2:34-35

Aunque el amor de Dios es para salvación, no todas las personas lo creen. Muchos están ocupados con sus propias tragedias, y buscan soluciones en lugares equivocados. Pocas veces, o quizás nunca, piensan en la salvación que el Señor ofrece.

Al ver a María y al Niño, Simeón hace una predicción de Dios: ese Niño sería motivo de conflictos.

Los judíos, por ejemplo, que esperaban grandes señales, desestimaron al hijo del carpintero de Nazaret, y buscaron oportunidades para desafiarlo. Su deprecio por Jesús los llevó a acusarlo como agente del diablo, y a calificar sus enseñanzas como falsa doctrina. El Príncipe de Paz fue también el Cristo de la discusión.

Tanto lo odiaron, que llegaron al punto de planificar y ejecutar su muerte... esa fue la espada que atravesó el alma de María, quien vio morir en la cruz a su hijo. Pero la aparente victoria de los incrédulos al matar a Cristo no es para siempre. Todo quedará al descubierto cuando Jesús regrese en gloria a juzgar a todas las naciones.

Dios les regaló una hermosa navidad... pero ellos sólo vieron a un niño envuelto en pañales. Sólo a través de los ojos de la fe se puede ver en él al Salvador del mundo. Y a través de esa misma fe descubrimos, en su pasión y muerte, la mayor evidencia de su amor por nosotros.

Oremos: *Padre celestial, gracias por enviar a Cristo a morir por mis pecados y así darme la salvación. Amén.*

No temas ni te desanimes que viene el día de fiesta

“Aquel día le dirán a Jerusalén: ‘No temas, Sión, ni te desanimes, porque el Señor tu Dios está en medio de ti como guerrero victorioso. Se deleitará en ti con gozo, te renovará con su amor, se alegrará por ti con cantos como en los días de fiesta.’ Yo te libraré de las tristezas, que son para ti una carga deshonrosa.”

Sofonías 3:16-18

En un momento de pánico, muchas personas no pueden ni siquiera correr; quedan paralizadas. Así pasa con el pecado presente en nosotros y la visión del infierno, donde la llama no se apaga. Es una pintura que produce un miedo terrible.

Sofonías, profeta de Dios, nos pinta un cuadro hermoso. Las pinceladas divinas nos quitan el miedo y la debilidad. La Palabra afirma: “El Señor... está en medio de ti como guerrero victorioso...”. Esto está escrito para darnos confianza y libertad.

Avanzamos con prisa y aguardamos con esperanza el día de la fiesta, cuando Dios nos libraré de una carga deshonrosa. Esperamos a Jesús, quien cargó el pecado de toda la humanidad. Él combatió y ganó la batalla por nosotros. Cristo, el Guerrero de la Cruz, se enfrentó al enemigo de nuestras almas y lo venció.

Cuántos colores de júbilo encontramos en este paisaje de Sofonías: “Se deleitará en ti con gozo, te renovará con su amor, se alegrará por ti con cantos...”.

En el pueblo del Señor no hay lugar para la tristeza, porque él está presente siempre. Su amor es nuevo en cada amanecer.

Oración: *Padre celestial, en este tiempo de Adviento te pedimos que cambies nuestra tristeza con la esperanza del gozo de la fiesta que nos aguarda. En el nombre de Jesús. Amén.*

El Rey eterno nacerá en un pequeño pueblo

“Pero de ti, Belén Efrata, pequeña entre los clanes de Judá, saldrá el que gobernará a Israel; sus orígenes se remontan hasta la antigüedad, hasta tiempos inmemoriales.”

Miqueas 5:2

En tiempos de Miqueas, Jerusalén estaba sitiada por los babilonios. La vida era sombría y aterradora. A través de ese pueblo pagano, Dios castigaría a Judá.

Sin embargo el profeta, en lugar de anunciar la completa destrucción de la ciudad, proclama un mensaje de esperanza: “Pero de ti, Belén Efrata... saldrá el que gobernará a Israel”. ¿Qué? ¿De Belén? Después de siglos de espera, Dios dice que, en una insignificante aldea, nacería el Rey de todos los reyes que vendría al rescate de la nación prometida a Abraham, incontable como las estrellas y las arenas del mar.

La idea era inconcebible e imposible de comprender... es que cuando no tenemos en cuenta su gracia, se hace muy difícil entender a Dios.

Si el Mesías tan largamente esperado, el Libertador del pueblo judío, iba a venir de la familia del rey David, debería nacer en la capital, y no en un pueblito perdido... al menos humanamente hablando.

Dios no cambia, sino que sigue mirando con amor a “lo vil del mundo y lo menospreciado” (1 Corintios 1:28-29).

El panorama que tenemos frente a nosotros también es aterrador. Pero en estos días de Adviento en especial, ponemos nuestra mirada en la promesa del Padre Creador y nos sumamos a los muchos que van a Belén a esperar el nacimiento del Hijo de Dios que se hace hombre por nuestra salvación.

Oremos: *Padre celestial, te alabamos porque, a pesar de nuestros pecados, siempre estás dispuesto a mostrarnos tu gracia. Amén.*

Miremos la salvación

“Según tu palabra, Soberano Señor, ya puedes despedir a tu siervo en paz. Porque han visto mis ojos tu salvación, que has preparado a la vista de todos los pueblos: luz que ilumina a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.”

Lucas 2:29-32

El cántico de Simeón es utilizado en la liturgia de la iglesia luterana como parte de la adoración a Dios, después de la celebración de la Eucaristía.

Simeón, como buena parte de sus paisanos judíos, había esperado que Dios cumpliera su promesa de enviar un Libertador. Pero cuando lo ve con sus propios ojos no ve a un rey, ni a un guerrero, sino a un niño.

El Señor iluminó con fe los ojos de Simeón, cansados por el peso de los años, para que pudiese reconocer, en el pequeño lactante, al Mesías prometido.

A este hombre piadoso Dios le había revelado que no moriría hasta ser testigo del cumplimiento del nacimiento del Mesías. Por lo tanto, ahora que el Señor la había cumplido, Simeón podía partir en paz.

La luz de Dios no vino para alumbrar solamente al pueblo hebreo, sino a todas las naciones del mundo. Porque toda la humanidad tenía la vista oscurecida por el pecado. Gracias a Jesús, todos podemos ser iluminados y ver la salvación de Dios.

El nacimiento de Cristo y su obra redentora no fueron mostrados a un grupo pequeño y selecto de personas. No. El brazo de Dios llega con su gracia hasta los lugares más apartados. En cualquier parte donde el evangelio es predicado, los ojos son iluminados para ver, como Simeón, a Cristo el Señor.

Oremos: *Padre celestial, abre los ojos de mi corazón para que pueda ver tu salvación, y proclamarla en todas partes. En Jesús. Amén.*

Mi plan anual: ser de Cristo

*“... llamados a ser de Jesucristo.”
Romanos 1:6b (RVR95)*

Ruth Kempff, quien ya partió con el Señor, escribió un bello himno que dice: “Cristiano soy, yo soy de Cristo. Él me llamó, me buscó, me encontró, me rescató: ¡Soy de Cristo!” (CAS 50)

La letra de este himno combina perfectamente con la carta de San Pablo a los Romanos, donde él revela la verdad y alimenta nuestra esperanza en la vida eterna. Hemos sido llamados, buscados, encontrados y rescatados por y para ser de Jesucristo.

Al comenzar un nuevo año, no hay mejor propósito que dedicar cada día que tenemos por delante a vivir como hijos de Dios.

Ser propiedad del Señor significa tener la marca imborrable de Dios en nuestros corazones, y el sello impreso por el Espíritu Santo que anuncia que no somos de este mundo. Gracias a lo que Jesús hizo por nosotros, ya no pertenecemos al reino de las tinieblas, sino que hemos sido apartados por Dios para vivir bajo su luz admirable.

Cristo nos llamó por su evangelio para darnos perdón y salvación. Él nos buscó con misericordia cuando estábamos muertos en delitos y pecados, y nos encontró vagando perdidos en medio del mal. Finalmente, Cristo nos rescató para darnos perdón y vida eterna... ¡somos de Cristo!

El segundo propósito para el nuevo año es compartir esta verdad, de tal forma que no sólo usted y yo seamos de Jesús, sino que muchas más personas también sean llamadas a la fe y que la marca del Señor también sea grabada en sus corazones.

Oremos: *Padre celestial, te doy gracias porque durante los 365 días pasados me cubriste con tu amorosa protección. Te pido que hoy, mañana y siempre, estés a mi lado siendo mi Guardador. Amén.*

Somos parte de la sagrada familia

*“Por eso Dios los entregará al enemigo hasta que tenga su hijo la que va a ser madre,
y vuelva junto al pueblo de Israel el resto de sus hermanos.”
Miqueas 5:3*

Por causa de su infidelidad para con Dios, las glorias pasadas de Israel como nación no regresarán. Ellos fueron desobedientes con su Creador y protector.

Pero nadie como el Señor para mostrar misericordia. El Rey que habría de venir no iba a estimar ser igual a Dios, ni se iba a aferrar a sus privilegios divinos. Por el contrario, él habría de tomar forma humana y, como hombre, se humillaría en obediencia “hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:6-8).

Miqueas profetiza que, cuando “la mujer tenga al hijo”, la historia de la humanidad cambiaría su curso. El Rey no nacería para liberar únicamente al estado de Israel y sus ciudadanos, sino que haría de todas las naciones un solo pueblo, integrado por quienes creyeran y, como a Abraham, la fe le sería contada por justicia.

Por medio de su Ungido, Dios sería el Padre de sus hijos redimidos. Ser hijo de Dios no es cuestión de nacionalidad, raza, color de piel, o idioma. Dios no discrimina. Su paciencia, su amor y su perdón, están basados en su infinita gracia y misericordia.

En esta época de Adviento demos gracias a Dios por habernos hecho parte de su sagrada familia, extendida por todos los pueblos de la tierra.

Oremos: *Padre celestial, te doy gracias por haberme dado hermanos y hermanas que, como yo, estamos unidos a ti por la sangre de tu Hijo Jesús. En su nombre. Amén.*

¡Él traerá la paz!

“Pero surgirá uno para pastorearlos con el poder del Señor, con la majestad del nombre del Señor su Dios. Vivirán seguros, porque él dominará hasta los confines de la tierra. ¡Él traerá la paz!”
Miqueas 5:4-5a

Una imagen de Dios que da la Biblia es la del Buen Pastor. Esta designación generalmente nos lleva al Salmo 23. Pero éste no es el único pasaje que nos enseña que el Dios fuerte y todopoderoso tiene un corazón pastoral. El Mesías esperado, por ser también Dios, habría de tener las mismas características pastorales divinas.

El Ungido habría de venir con todo el poder y la majestad de Dios para apacentar su rebaño... como el Buen Pastor que habría de cuidar celosamente a los suyos, tomándolos entre sus manos para que nadie pueda quitárselos (Juan 10:25-30)... el Buen Pastor que habría de estar dispuesto a dar su vida por sus ovejas.

Miqueas nos asegura que quienes estamos bajo el cuidado de este Pastor viviremos seguros, “porque él dominará hasta los confines de la tierra”. Ningún gobierno humano, de cualquier sistema político, puede dar garantía de seguridad plena a todos sus ciudadanos. Pero Dios sí puede hacerlo, porque todos los enemigos, llámese pecado, muerte, demonio o infierno, fueron conquistados y desarmados en la cruz.

Este Pastor es portador de la paz. No la paz que pregonan algunos líderes, sino la paz verdadera y total, paz entre los hombres que aman al Señor. El pueblo santo ha sido justificado por la fe y, por haber sido perdonado en Cristo y declarado justo, tiene la paz de Dios (Romanos 5:1).

Oremos: *Señor Dios, mi Buen Pastor, qué grato es sentirme seguro al estar bajo tu cuidado. Estoy feliz porque tú, además de salvación, has puesto tu paz en mi corazón. En Jesús. Amén.*

¡Bendito sea Dios!

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo.»
Efesios 1:3

Al llegar al último día del calendario, es bueno que miremos hacia atrás para repasar lo vivido y así reconocer cómo y cuándo estuvo la mano de Dios guiándonos y guardándonos. Así podremos sonreír con júbilo, y decir: ¡Bendito sea Dios!

Una de las profecías sobre el nacimiento del Mesías la encontramos en el libro de Isaías: “Por eso, el Señor mismo les dará una señal: la joven concebirá y dará a luz un hijo, y lo llamará Emanuel” (Isaías 7:14). El nombre Emanuel significa: ‘Dios con nosotros’.

No podemos negar que Dios estuvo con nosotros en el año que termina. Él envió “la lluvia y el sol” para que la tierra diera fruto, y nos preservó la vida. Muchas son las razones que cada uno de nosotros tiene para decir: ¡Bendito sea Dios!

Pero la bendición más grande que hemos recibido es creer, enseñar y confesar que Dios Padre envió a Jesús para ofrecer su vida santa y justa a cambio de la nuestra pecaminosa y desobediente. Todas las bendiciones que tenemos, y que recibiremos, nacen en el corazón del Padre... pero todas están conectadas a Jesucristo y su obra salvadora.

El acto de amor sublime que comenzó en Belén continuó hasta el Calvario. Cada gota de sangre de Jesús fue derramada para el perdón de nuestros pecados y nuestra salvación. Por Cristo, por la sola gracia, somos herederos del reino de Dios.

Oremos: *Padre celestial, con alegría te alabo y con gratitud reconozco que tú perdonaste mis pecados y sanaste mi alma. Ayúdame a contagiar a todos los que me rodean con el gozo de tu salvación. Amén.*

La paz de Dios

“Que gobierne en sus corazones la paz de Cristo.”

Colosenses 3:15a

En una de sus películas, “Cantinflas” encarnó a un embajador. Como tal, le hablaba al foro mundial, diciéndoles a los “verdes” y “colorados” que ellos habían confundido las palabras de Jesús porque, en lugar de haberse *amado* los unos a los otros, se habían *armado* los unos contra los otros.

El comediante mexicano expresaba el permanente deseo de los pueblos de vivir en paz. Pero la realidad es que nunca ha habido paz completa y permanente en la tierra.

Cuando anunciaron el nacimiento del Mesías, los predicadores celestiales dijeron a los pastores: “Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los que gozan de su buena voluntad” (Lucas 2:14). Con esas palabras, los ángeles nos enseñaron cómo tener paz.

San Pablo dice que la paz que perdura sólo es posible cuando Jesús gobierna los corazones. Ambos textos tienen el mismo sentido: tener paz es darle gloria a Dios y seguir su voluntad.

Cuando Jesús, quien es el Príncipe de Paz (Isaías 9:6), dirige una vida, desaparecen la competencia y el egoísmo. El Señor ofrece la paz que el mundo no puede dar (Juan 14:27). Cristo sufrió el castigo para traer la paz del cielo a los corazones convulsionados por el pecado (Isaías 53:5).

Cuando Jesús nació en esa primera Navidad, nació la paz. Él nos ofrece un pacto de paz con nuestro Creador, pacto que fue firmado con la sangre que él derramó por nuestros pecados. Cristo nos invita, por el evangelio, a que vivamos en paz. Él nos ha justificado, dándonos su perdón por medio de la fe. “Justificados, por la fe, tenemos paz con Dios” (Romanos 5:1).

Oremos: *Padre celestial, haz que tu paz reine cada día en mi corazón. Por Jesús. Amén.*

Gracia y paz

“Que Dios nuestro Padre y el Señor Jesucristo les concedan gracia y paz.”

1 Corintios 1:3

Estas palabras aparecen frecuentemente en las cartas escritas por el apóstol Pablo, por lo que pareciera que no fueran más que su saludo personal. Pero debemos recordar que toda la Biblia fue inspirada por Dios. El Señor usaba el estilo personal de los escritores para poner su propia marca y enseñar la fe que salva.

En la primera carta a los Corintios se nos presenta el evangelio en forma concisa y precisa. Sabemos que el Espíritu Santo es la persona de la Trinidad que más se asocia con la obra reveladora, y aquí vemos que la unidad de la Trinidad trae como resultado “gracia y paz”.

Por gracia, y sólo por gracia, fuimos escogidos antes de la fundación del mundo para ser hechos hijos de Dios. La certeza del perdón y la esperanza de la vida eterna, nos llenan de su paz.

Es maravilloso recordar estas verdades en este tiempo de Adviento, cuando estamos esperando la llegada del Niño de Belén. Pero en esta época también recordamos que Cristo regresará por segunda vez para instalar su reinado eterno. El Señor reina y, donde él reina, está la paz que sobrepasa todo entendimiento humano.

La paz de Dios viene por gracia... la gracia es el regalo especial del Padre para nosotros. Ambas nos llegan a través de Jesús, quien ha cumplido su promesa: por el poder del Espíritu Santo nos ha dado a conocer que somos hijos de Dios y que, en él, somos coherederos de todas las bendiciones.

Oremos: *Padre celestial, Señor mío y Dios mío, gracias por enviar al Espíritu Santo para que pueda conocerte y reconocerte como mi Salvador personal. En el nombre de Jesús. Amén.*

Gracias por la gracia

*“Siempre doy gracias a Dios por ustedes, pues él, en Cristo Jesús, les ha dado su gracia.”
1 Corintios 1:4*

En el mensaje que Jesús le encomendó que predicara, San Pablo hizo de la gracia su bandera. En su carta a la iglesia en Corinto, Pablo dice que siempre daba gracias a Dios por ellos. La razón de su gratitud la expresa con las palabras: *“Pues él (Dios), en Cristo Jesús, les ha dado su gracia”*.

Hay una conexión indisoluble entre la gracia de Dios y la obra de Cristo en nuestro favor. Cristo cumplió las exigencias de la ley al pie de la letra. Él fue el sacrificio perfecto para que, por el derramamiento de su sangre, pudiéramos recibir el perdón por nuestros pecados. Su resurrección de entre los muertos demostró que las demandas de Dios habían sido satisfechas.

Mientras la Iglesia universal sigue marchando en este tiempo de Adviento, entendemos cuál es el desenlace en la historia de la salvación. La humanidad entera anda por un camino oscurecido por el pecado que la aleja de Dios. Así estaba Pablo antes de conocer a Jesús. Y así estábamos nosotros.

Pero eso era antes, porque ahora tenemos otro camino. Gracias a Cristo, ahora vamos al pesebre... del pesebre a la cruz... de la cruz a la tumba vacía... y de la tumba vacía a la diestra de Dios Padre, de donde Cristo ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

Cuando Jesucristo venga por segunda vez, nos dirá: “Vengan, benditos de mi Padre, al reino eterno que ha sido preparado para ustedes”.

Oremos: *Padre celestial, te doy gracias por la gracia salvadora que me has dado en Cristo. En su nombre. Amén.*

Vestidos para la fiesta

*“Me deleito mucho en el Señor; me regocijo en mi Dios. Porque él me vistió con ropas de salvación y me cubrió con el manto de la justicia.”
Isaías 61:10a*

Cuando asistimos a una fiesta, nos vestimos con nuestras mejores ropas. La Navidad supera cualquier celebración humana: es Dios quien ha nacido; hay que celebrarlo en grande.

Por boca de Isaías, el Señor nos comunica que él mismo diseñó las galas que luciremos en su fiesta. Son las “ropas de salvación”, y el “manto de la justicia”. ¡Qué gran diseño ha confeccionado Dios para nosotros!

Cuán distinta era nuestra ropa sin Cristo. Éramos un verdadero desastre. Estábamos vestidos de cilicio (Isaías 3:24), y con “trapos de inmundicia” (Isaías 64:6). El pecado nos presentaba harapientos. La culpa y la suciedad nos cubrían por estar lejos de Dios.

Mediante Jesús, el niño que ha nacido, Dios nos ha dado nuevas ropas... ropas limpias, elegantes, bordadas con la justicia divina que Dios nos ha revelado por fe. El Señor lo hizo todo: confeccionó la ropa y nos cubrió con ellas. Es un regalo muy especial para quienes hemos sido invitados a celebrar su Natividad.

La primera vez que recibimos este regalo celestial fue en nuestro bautismo, en el que fuimos revestidos de Cristo (Gálatas 3:27). El vestido de salvación y el manto de justicia son la ropa de Jesús. Las telas de su vida santa, los hilos de su obediencia voluntaria y la costura, es la sangre que él derramó para limpiarnos de todo pecado (1 Juan 1:7).

¡Alegrémonos! Somos los invitados especiales a la fiesta de Dios. Lucimos ropas nuevas para regocijarnos en el Señor por siempre.

Oremos: *Padre celestial, muchas gracias por haberme vestido de Cristo para salvación, y cubrirme con su justicia. Amén.*

Vestidos de amor

“Por encima de todo, vístanse de amor, que es el vínculo perfecto.”

Colosenses 3:14

Dios, por pura gracia, nos ha revestido de Cristo con “vestiduras de salvación” y “manto de justicia”. Esta es la vestimenta que lleva siempre un escogido de Dios.

Estar revestido de Jesús implica estar cubierto con las virtudes de quien nos llamó para ser sus santos amados. El Señor desea que vivamos como su pueblo elegido, dando testimonio de lo que él ha hecho por y en nosotros.

Un ciudadano del Reino tiene una manera particular de vestir. No se trata de usar ropa de marca o con la firma de diseñadores exclusivos. Después de todo, nuestro Salvador, nació en un pobre pesebre, envuelto en pañales.

Debemos vestirnos de compasión así como Jesús, quien tuvo compasión por todos los pecadores sin distinción. Nuestro adorno debe ser la humildad, así como Jesús quien, aún siendo Dios, vino al mundo en un pobre establo, rodeado de animales.

Por último, las galas de un cristiano incluyen la paciencia... sí, entender que debemos esperar confiados en que Dios hará. Muchos años transcurrieron hasta que la promesa de la llegada del Mesías se materializó en Belén. El pueblo esperó confiado en que el Padre cumpliría su palabra de enviar un Salvador.

Nuestro principal atuendo, que combina con el resto de la ropa con la que Jesús nos ha vestido, es “el amor, que es el vínculo perfecto”. Por amor Jesús vino al mundo. Por amor tuvo compasión de nosotros, que estábamos perdidos. Por amor fue obediente hasta la cruz. Por amor nos tiene paciencia. Cada uno de nosotros es un testimonio vivo y real del amor perfecto del Padre.

Oremos: *Padre celestial, vísteme cada día con tu amor. En Jesús. Amén.*

Elocuencia del cielo

“Unidos a Cristo ustedes se han llenado de toda riqueza, tanto en palabra como en conocimiento. Así se ha confirmado en ustedes nuestro testimonio acerca de Cristo”.

1 Corintios 1:5-6

Por la Biblia creemos, enseñamos y confesamos que nuestra salvación proviene de Dios. San Pablo transmite esta doctrina a los hermanos de Corinto, cuando dice: “Unidos a Cristo ustedes se han llenado de toda riqueza...”. Tal riqueza es el resultado de la predicación de la Palabra de Dios, que los salvó cuando estaban espiritualmente muertos por causa de sus pecados.

Pero, ¿cómo expresaban esa riqueza interior? Los corintios, al igual que nosotros, no podían abrir sus corazones para mostrar la obra de Jesús en sus vidas. Ellos expresaban su riqueza interior dando testimonio “acerca de Cristo”, quien los equipó para conocer y difundir la noticia de que la promesa de redención había sido cumplida por el Ungido de Dios.

Al ser hechos ricos de esa manera, pudieron hablar con autoridad la Palabra. Eran potentes oradores sagrados que mostraban a los pecadores su catastrófica condición, y señalaban a Cristo como el único Salvador.

Esa es la riqueza que encontramos en la exposición de la Palabra. Somos elocuentes no por méritos propios, sino por ser portadores del mensaje celestial. Cada cristiano es una voz que anuncia que el reino de los cielos vino, está en medio de nosotros, y vendrá otra vez.

Esta divina elocuencia produce en nosotros las bendiciones que trae el oír la Palabra de Cristo. Vivamos entonces el Adviento predicando a Jesús, y confiando en su gracia.

Oremos: *Padre celestial, te doy gracias porque me has unido a Cristo y me has dado el privilegio de ser su embajador para compartir el mensaje de salvación. En su nombre. Amén.*

Equipados para esperar el adviento de Cristo

“De modo que no les falta ningún don espiritual mientras esperan con ansias que se manifieste nuestro Señor Jesucristo. Él los mantendrá firmes hasta el fin, para que sean irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo.”

1 Corintios 1:7-8

La Iglesia está de paso en un mundo lleno de pecado, mientras espera “con ansias”, aunque también con paciencia, que se manifieste su Señor.

Mientras el reloj de Dios corre, el Espíritu Santo equipa a la Iglesia con dones, con posesiones conferidas en el marco de la gracia de Dios para que funcione en unidad de fe, espíritu y doctrina. Ningún creyente posee todos los dones, pero tampoco nadie puede decir que no le ha sido conferido ninguno.

El principal don que tiene en común cada creyente es el de la seguridad de la salvación. Sin este don, dado por Dios, es imposible mantenerse firme hasta el fin. Y no se trata únicamente de la firmeza que nos ayuda a soportar las pruebas, sino sobre todo de la compañía constante del Espíritu Santo, que nos santifica para que podamos perseverar y mantenernos “irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo”.

Es verdad que la Iglesia espera. Pero lo hace confiada en el Redentor vivo. Tal confianza para la espera la recibe a través de los medios de gracia, o sea, la Palabra y los Sacramentos. Estos son los medios que usa el Espíritu Santo para sustentar nuestra fe, recordándonos que nuestros pecados han sido perdonados, y ayudándonos a perseverar hasta la vida eterna.

Oremos: *Padre celestial, te doy gracias por equiparme para poder estar firme mientras espero la llegada gloriosa de nuestro Señor Jesucristo. En su nombre. Amén.*

¡Que siga la fiesta!

“Vendrán y cantarán jubilosos en las alturas de Sión; disfrutarán de las bondades del Señor: el trigo, el vino nuevo y el aceite, las crías de las ovejas y las vacas.

Serán como un jardín bien regado, y no volverán a desmayar.

Entonces las jóvenes danzarán con alegría, y los jóvenes junto con los ancianos.

Convertiré su duelo en gozo, y los consolaré; transformaré su dolor en alegría.”

Jeremías 31:12-13

Al ser sometidos por gobiernos extranjeros, muchos israelitas abandonaron a Dios y se volvieron idólatras. Aún después de volver del exilio, en vez de abundancia, encontraron escasez. La situación material les provocó tristeza, y con esa excusa volvieron a cometer los pecados de antes.

A nosotros nos pasa igual: la tristeza o el ver pecar a otros nos desalienta, y puede llevarnos a desbancarnos espiritualmente. El pecado daña la relación que tenemos con Dios, y nos frustra. El pecado es muerte, y la muerte trae consigo luto, dolor, y lágrimas.

En el texto para hoy, Dios permite que Jeremías vea más allá de la esfera física. Le adelanta todas las bendiciones que vendrán con la venida del Mesías. El nacimiento del Hijo de Dios traerá gozo. Dios convertirá el dolor en fiesta, y el luto en alegría.

Únicamente Jesús, nuestro Redentor, puede transformarlo todo. Con Jesús, aunque seamos pobres, estemos tristes y la muerte nos quite a un ser querido, siempre tendremos las pupilas llenas de la felicidad celestial y eterna.

El evangelio es el consuelo que nos permite vivir con esperanza y gozo. La Navidad no es una simple festividad terrenal donde hay regalos, comidas, vestido y rencuentro familiar. La Navidad es la fiesta de la redención que Dios nos ha dado por medio de Jesús.

Oremos: *Padre celestial, quiero bailar de alegría porque tú has puesto en mi corazón la eterna Navidad. En Jesús. Amén.*

Escuchemos y anunciemos

*“Naciones, escuchen la palabra del Señor, y anuncien en las costas más lejanas:
‘El que dispersó a Israel, lo reunirá; lo cuidará como un pastor a su rebaño.’”
Jeremías 31:10*

Este texto tiene dos aplicaciones. Primero, Dios desea que escuchemos su Palabra; segundo, el Señor quiere que la anunciemos en todas partes.

Jesús nació como Rey de los judíos, pero la salvación que él obtuvo fue para todas las naciones, para ser anunciada “a las costas más lejanas”.

Antes que Jesús naciera, los judíos estaban apartados de la presencia de Dios por haber desobedecido sus mandatos y adorado a dioses falsos, olvidando a quien siempre los había protegido. Por esa razón, Dios los había dispersado.

Aunque no lo merecían, Dios, en su gracia, prometió reunirlos de nuevo en torno a Él. Pero para ello era necesario un sacrificio... no ya el sacrificio de un cordero, sino el sacrificio perfecto del Pastor de las ovejas, así como lo anuncia el profeta Jeremías.

El Buen Pastor recogerá a todos los dispersos y perdidos, los perdonará, y los unirá como pueblo que adora al único y verdadero Dios. El Buen Pastor no sólo juntará el rebaño, sino que también lo cuidará para que nunca más sea dispersado.

Cada ser humano es una oveja perdida, desobediente y servidora de otros dioses. El Buen Pastor vino en su rescate, para hacerlas parte de su rebaño. Él las ha perdonado y las lleva consigo a su redil. Él nos cuida para que nunca más nos apartemos.

El mensaje que escuchamos, y que debemos difundir, es que Dios, en su gran amor, ha tenido misericordia de nosotros, nos ha rescatado, y quiere que todos recibamos esta bendición.

Oremos: *Padre Celestial, gracias por ser mi Buen Pastor. Amén.*

¡Grande es, Señor, tu fidelidad!

*“Fiel es Dios, quien los ha llamado a tener comunión
con su Hijo Jesucristo, nuestro Señor.”
1 Corintios 1:9*

Hoy vamos a viajar por “el túnel del tiempo”. Para ello, nos vamos a poner en las sandalias de Adán, Abraham, Isaac y Jacob, de los reyes, sacerdotes y profetas del pueblo de Israel quienes, por varios siglos, aguardaron el cumplimiento de la promesa dada por Dios en Génesis 3:15.

Algunos de ellos, como Abraham, se desesperaron y quisieron ayudar a Dios para adelantar el cumplimiento de sus promesas. Trataron de ganar tiempo, olvidando que el tiempo de Dios está perfectamente definido. Pero, en vez de proveer una solución, el apresuramiento del patriarca y su esposa Sara provocó graves problemas.

La falta de confianza en Dios no es un pecado nuevo. El apóstol Pablo exhorta a los corintios a que no se olviden que Dios es fiel. Su fidelidad es la garantía de que cumplirá todas sus promesas... más allá de que sea en nuestro tiempo o no. Dios es el Creador y Señor del tiempo.

Lo importante es que sabemos que nada ni nadie puede hacer que Dios se retracte de sus promesas. Cada profecía hecha sobre el Mesías fue literalmente cumplida, incluyendo la dolorosa tortura y la espantosa muerte en la cruz, como también su victoria sobre la muerte.

Dios, quien nos llamó para que estemos en comunión con Cristo, siempre es fiel. Todo está en sus manos, él tiene el control. Preparémonos con esperanza, entonces, para recibir a Jesús.

Oremos: *Padre en el cielo, a veces me desespero y quisiera que ya vinieras. Ayúdame a recordar que tú eres fiel en cumplir tus promesas, y que tus tiempos siempre son los mejores. En Jesús. Amén.*

La paciencia de Dios

“Pero no olviden, queridos hermanos, que para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no tarda en cumplir su promesa, según entienden algunos la tardanza. Más bien, él tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que nadie perezca sino que todos se arrepientan.”

2 Pedro 3:8-9

Los errores más comunes de los incrédulos, quienes buscan argumentos para exponer al ridículo la Palabra de Dios, tienen que ver con que, después de más de dos mil años de haber ascendido Jesús a los cielos, todavía no se ha producido el retorno anunciado.

El retraso, analizado con criterios humanos, ha servido para que muchos vivan tranquilos en su pecado, pero también para que entren en escena sectas y maestros falsos que una y otra vez han quedado al descubierto al equivocarse en dar la fecha del regreso del Señor, fecha que el Padre tiene en su exclusiva potestad.

A ellos, como también a los fieles creyentes, la inmovible Palabra de Dios nos invita a recordar que el Dios soberano tiene maneras infinitas para manejar el tiempo. “Para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día.”

Frente a las críticas del mundo impío, Dios responde con misericordia y revela la razón de lo que algunos consideran como tardanza o, peor aún, de incumplimiento de su parte: “Él tiene paciencia... porque no quiere que nadie perezca sino que todos se arrepientan”.

El día llegará, pero sólo Dios sabe el momento. Mientras esperamos, cumplamos con nuestra tarea de anunciar el evangelio, predicando a Cristo crucificado por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación.

Oremos: *Padre en el cielo, enséñame que tu paciencia también es una muestra de tu misericordia. En Jesús. Amén.*

Cantemos con alegría

“¡Escucha! Tus centinelas alzan la voz, y juntos gritan de alegría, porque ven con sus propios ojos que el Señor vuelve a Sión. Ruinas de Jerusalén, ¡prorrumpen juntas en canciones de alegría! Porque el Señor ha consolado a su pueblo, ¡ha redimido a Jerusalén! El Señor desnudará su santo brazo a la vista de todas las naciones, y todos los confines de la tierra verán la salvación de nuestro Dios.”

Isaías 52:8-10

Esta profecía fue dada en momentos en que el pueblo estaba desanimado y la ciudad desolada. Los israelitas estaban cautivos y exiliados. Todo lo que les había pasado había sido consecuencia de sus pecados. Pero ahora el Señor regresa y, junto con él, comienza el regreso también a la tierra prometida.

Ellos no vieron –como nosotros– el cumplimiento de la profecía, cuando la mano milagrosa de Dios irrumpe en la historia con el nacimiento de Jesucristo y el Todopoderoso se hace hombre.

Es imposible escuchar esta noticia y permanecer indiferentes. En Navidad, la respuesta de los cristianos es “Alzar las voces y gritar de alegría, porque el Señor ha regresado”. Unámonos para cantar que el Salvador nació para darnos consuelo y redención.

Como a los israelitas, el pecado nos tenía exiliados y cautivos. Pero ya no estamos condenados a vivir más de esa manera, porque Dios nació en Belén para regalarnos un final feliz. Podemos vivir con alegría porque, gracias a Jesús, tenemos garantizada la vida eterna.

En Navidad, Dios se regala completamente a los que no teníamos nada, para que lo tengamos todo. La provisión del Señor es para que, en Cristo, todas las naciones vean la salvación de nuestro Dios.

Oremos: *Padre celestial, que el cantar de gloria que se oyó en Belén sea también nuestra canción. En el Niño de Belén. Amén.*

Nada es imposible para Dios

“Porque para Dios no hay nada imposible.”

Lucas 1:37

Para María era imposible que ella, sin intervención de un hombre, pudiera quedar embarazada. Esto no ha cambiado, se requiere la fecundación, para que una mujer quede en cinta.

La pregunta que hizo María al ángel fue y será siempre pertinente. ¿Cómo podía quedar embarazada sin conocer un varón? Y la respuesta es asombrosamente verdadera: “Para Dios no hay nada imposible”.

En toda la Escritura Sagrada hay evidencia de que el poder de Dios supera las leyes naturales. Sucedió con Sara, la esposa del patriarca Abraham, quien en la vejez concibió su primer hijo, y también con Elisabet y Zacarías, padres de Juan el Bautista.

Cuando Jesús le dijo a Nicodemo, un experto en la ley judía, que para entrar en el reino de los cielos era necesario nacer de nuevo, él no lo entendió. Los discípulos, por su parte, no dudaron en decir que nadie podía lograr entrar al reino. Tanto Nicodemo como los apóstoles tenían razón: humanamente hablando, es imposible volver a nacer o ganar el derecho de ser parte del reino de Dios.

El pecado no sólo condena, sino que también hace a las personas incapaces de entender el poder del Señor. Pero Jesús vino para hacer posibles los imposibles, y salvar al mundo. Lo hizo al perdonar nuestros pecados con su sacrificio en la cruz, y al vencer la muerte.

Al leer estas verdades, la opción que nos da el Espíritu Santo es decir junto con María: “Hágase conforme a tu Palabra” (Lucas 1:38), y regocijarnos, como ella, con la llegada del Hijo de Dios al mundo.

Oremos: *Padre celestial, en mi limitación sólo veo imposibles. Dame fe para creer y aceptar que nadie puede limitar tu poder. En Jesús. Amén.*

“Ven, Señor Jesús”

“Pero el día del Señor vendrá como un ladrón”.

2 Pedro 3:10a

Casi al mismo paso en que han crecido los niveles de inseguridad, también han sido inventados sistemas de protección para impedir que los ladrones actúen. Lo único que no han podido lograr los inventores, es fabricar una alarma que prediga con antelación cuándo aparecerán los malhechores.

En el caso del día del Señor, aunque no sepamos el momento exacto de su venida, no hay excusas para decir que no estamos preparados. No las hubo en el pasado pues Dios, por medio de los profetas, reveló todos los detalles de su advenimiento, incluyendo el envío de un precursor cuya voz clamaba en el desierto e invitaba al arrepentimiento.

Quienes vivieron en la era apostólica tampoco tuvieron pretextos. En los tres años que duró su ministerio terrenal, Jesús hizo grandes milagros y predicó con claridad la Palabra de Dios. Sin embargo, muchos judíos, en lugar de creerle y adorarle, se confabularon y lo colgaron de una cruz.

En la actualidad tampoco hay excusas. Por todo el mundo el mensaje de Dios es proclamado, y la venida de Jesús es anunciada por todas partes.

En cualquier lugar donde la Iglesia se reúne podemos adorar al Señor mientras lo esperamos. Este es el tiempo para escuchar y meditar en su Palabra y confesar la certeza de su regreso: “Creo que Jesucristo subió a los cielos, y está sentado a la derecha de Dios Padre todopoderoso; y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos...”.

Después de adorar a su Señor, los creyentes salen con el dulce sabor del evangelio, con la fe renovada, y con sus pecados perdonados... listos para esperar al Salvador.

Oremos: *Padre celestial, en tu nombre confieso: “Ven Señor Jesús”. Amén.*

Sin mancha ni defecto

“Pero, según su promesa, esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva, en los que habite la justicia. Por eso, queridos hermanos, mientras esperan estos acontecimientos, esfuércense para que Dios los halle sin mancha y sin defecto, y en paz con él.”

2 Pedro 3:13-14

El Adviento no es una fiesta más en el calendario de la Iglesia, sino una actitud de fe, de vida, y de compromiso. El Adviento es una época en la que nos preparamos para el acontecimiento más grande de la historia: la llegada del Mesías.

El Mesías ya vino al mundo, vivió, murió, resucitó y ascendió a los cielos. La esperanza que inundó los corazones creyentes es que Jesús regresaría de nuevo. Pedro habla de esta promesa definiéndola como una espera por “un cielo nuevo y una tierra nueva en los que habite la justicia”.

Explicar cómo serán el cielo y la tierra nueva, sería entrar en una amplia discusión teológica. Lo importante es saber cómo se entrará. Para ingresar se requiere que seamos justos, en comunión con Dios. Ser hallados “sin mancha ni defectos”, ser santos.

Sin embargo, ningún ser humano puede, por sí mismo, santificarse totalmente. Entonces, ¿quién podrá entrar en el cielo y la tierra nueva?

Para darnos este derecho fue que Cristo vino al mundo. Sólo cuando confiamos en su santidad y en su muerte por nuestros pecados, somos declarados aptos para heredar los nuevos cielos y tierra. Para ello escuchamos el evangelio y participamos de los sacramentos. De esta manera el Señor nos prepara para aguardarlo, confiados en el perdón y la vida eterna que *él* nos da.

Oremos: *Padre celestial, te doy gracias por haberme hecho ciudadano de tu reino por medio de Jesucristo, mi Salvador. Amén.*

Jesús, el Rey Eterno

“Él será un gran hombre, y lo llamarán Hijo del Altísimo. Dios el Señor le dará el trono de su padre David, y reinará sobre el pueblo de Jacob para siempre.

Su reinado no tendrá fin.”

Lucas 1:32-33

Cuando el ángel enviado por Dios le anunció a María que iba a concebir un hijo, también le reveló el nombre que habría de ponerle al niño. Pero no sólo eso, sino que además lo describió en forma perfecta, dando a conocer sus atributos.

Por ejemplo, dijo que el niño sería *grande*... y basta recordar los milagros de Jesús para reconocer su grandeza, o las palabras del soldado romano al pie de la cruz, confesando que el crucificado verdaderamente era “hijo de Dios”.

También dijo que sería *rey*, pero no un rey como los conocidos en su tiempo, sino uno cuyo mandato “no tendría fin”. El nuevo reino que el Mesías iba a traer habría de ser un reino de justicia (Jeremías 23:5), un reino de paz, un reino estable, y un reino universal (Zacarías 9:10).

Nada ni nadie puede quitarnos el trono de Cristo de nuestras vidas. Por medio de su advenimiento a nuestras almas, sabemos que en él tenemos todas las cosas para esta vida, y por la eternidad.

Oremos: *Padre celestial, te doy gracias por ser el Rey de mi vida. Te pido que vengas a reinar también en los corazones de quienes aún no te conocen y que están tan necesitados como yo de tu gracia. En el nombre de Jesús. Amén.*

Antídoto contra el miedo

“No tengas miedo, María; Dios te ha concedido su favor, le dijo el ángel. Quedarás encinta y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús.”

Lucas 1:30-31

El mensajero de Dios trajo una noticia que, en el caso de María, despertó temor y ansiedad: ella sería madre soltera y no tendría explicaciones ni para su familia ni para su prometido José. Seguro que eso generó gran ansiedad en ella. Sin embargo, el ángel le dice: “No tengas miedo”.

Las palabras de tranquilidad para la doncella judía están en el nombre que llevará el niño: “Jesús”. Este nombre viene del hebreo ‘Josué’, que en español significa: “El Señor es salvación”.

Y no podía ser de otra manera. ‘Salvación’ del repudio, pues José recibiría instrucciones de Dios para aceptar al niño, y ‘salvación’ de los miedos, porque Dios le daría fuerzas a María para que aceptara confiada la voluntad del Padre celestial.

Pero, lo más importante, ‘salvación’ para el mundo. Porque en Jesús, Dios estaba cumpliendo su promesa de que del vientre de una virgen nacería el Salvador de toda la humanidad (Isaías 7:14).

Cuando una noticia nos parece oscura e incomprensible, lo mejor que podemos hacer es acercarnos a la Palabra de Dios. Allí encontramos consuelo para no temer, y fuerza para estar seguros que Dios hace todo perfecto y siempre ofrece las mejores salidas.

Cada circunstancia que se presenta en nuestra vida es una oportunidad para reconocer lo frágiles que somos... y lo inmenso del poder de Dios.

Oremos: *Padre celestial, no puedo entender todas las cosas que me suceden en la vida. Pero más que comprensión, quiero que me des fuerza para recordar que tus planes siempre son perfectos. En el nombre de Jesús. Amén.*

Dios nos conserva en santidad

“Que Dios mismo, el Dios de paz, los santifique por completo, y conserve todo su ser —espíritu, alma y cuerpo— irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. El que los llama es fiel, y así lo hará.”

1 Tesalonicenses 5: 23-24

En la medida que avanzamos en el camino de Cristo, estamos creciendo. Crecemos en santidad, porque el Espíritu Santo nos santifica. Crecemos en conocimiento, porque la Palabra de Dios nos hace sabios. Crecemos en esperanza, porque nuestra mirada está puesta en “la venida de nuestro Señor Jesucristo”.

Este crecimiento es integral, ya que Dios se involucra directamente en la totalidad de nuestra vida, de manera que nos conserva y guarda. Por Cristo, nuestro “espíritu, alma y cuerpo” son irreprochables a la vista de Dios Padre.

Decir que somos completamente “irreprochables” no es un acto de vanidad personal, sino una confesión de fe, porque Cristo nos ha hecho nuevas criaturas. Es confesar que, en su nombre, hemos recibido el perdón de los pecados. Los méritos de Cristo han sustituido nuestras faltas, cubriéndonos de su justicia. Él es, delante de Dios, nuestra justicia.

Cada creyente es un hijo de Dios que ha sido declarado irreprochable y que está preparado para escuchar la voz del Señor en su retorno, invitándolo al reino que ha sido preparado para nosotros antes de la fundación del mundo.

El mismo Dios, que nos llamó por su Palabra al arrepentimiento, a la fe y a estar en paz con él, es fiel y, conforme a su promesa, nos guardará completamente hasta el día de su venida en gloria y majestad.

Oremos: *Padre celestial, estoy agradecido porque, por medio de Jesús, te pertenezco completamente. Amén.*

Ánimo en tiempos de terror

“Habrá señales en el sol, la luna y las estrellas. En la tierra, las naciones estarán angustiadas y perplejas por el bramido y la agitación del mar. Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube con poder y gran gloria. Cuando comiencen a suceder estas cosas, cobren ánimo y levanten la cabeza, porque se acerca su redención.”

Lucas 21:25, 27-28

El Señor dejó señales para recordarnos que el mundo, tal como lo conocemos, llegará a su fin. El final será antecedido por cambios en la naturaleza que provocarán temor y angustia en los incrédulos. Muchos buscarán explicaciones que los ayuden a mantener la calma, pero las repuestas que recibirán, en lugar de paz, los confundirán más.

San Lucas escribe que el mayor acontecimiento, en el marco de estos eventos, será cuando vean “al Hijo del hombre venir en una nube con poder y gran gloria”. Todos verán al Señor.

Pero cuando Cristo vuelva ya no lo hará como siervo, sino como Rey. De la misma manera en que el mundo llegará a su fin, también habrá llegado a su fin el tiempo de la gracia de Dios. Ya nadie tendrá la oportunidad de arrepentirse.

El evangelio marca una diferencia entre el pánico que domina a los incrédulos, y el “ánimo” de los creyentes. Cuando comiencen a suceder estas cosas, los hijos de Dios “levantarán sus cabezas” mirando al cielo, buscando a Jesús, a quien por tantos siglos han esperado. Porque ellos saben que esas señales indican que “se acerca su redención”.

Entonces habrán llegado los tiempos de refrigerio, donde el sufrimiento finaliza y lo que viene es la gloria eterna.

Oremos: *Padre celestial, gracias por haberme hecho parte de quienes, con gozo, esperan tu venida. Amén.*

El Señor está con nosotros

“El ángel se acercó a ella y le dijo: ¡Te saludo, tú que has recibido el favor de Dios! El Señor está contigo.”

Lucas 1:28

Existen dos extremos en la presentación de la virgen María. En uno se enseña que ella es dispensadora de gracia, salvadora y mediadora. En el otro se la descalifica y reduce a un mero instrumento sin importancia alguna. Ambos extremos son erróneos.

En el saludo angelical a la virgen María se destaca la obra del Señor por ella, quien “ha recibido el favor de Dios”.

María representa a toda la raza humana: una humanidad azotada por el pecado que necesita, al igual que ella, recibir “el favor de Dios”. Este ‘favor’ no tiene otro nombre sino ‘gracia’.

Al igual que la virgen, nosotros también dependemos del Señor. Él es quien quita nuestros pecados, nos limpia, y cambia nuestra derrota en victoria... y todo gracias al “favor de Dios”.

Cuando el evangelio resuena, es la voz del Ángel del Señor quien habla de nuevo para decirnos que Dios tiene misericordia de nosotros, que contamos con el favor divino. Estas palabras nos hacen sentir tan bien, tan felices, porque no sólo nos traen el alivio del perdón, sino la compañía de Cristo.

Es por ello que podemos decir que somos como la virgen María... porque somos benditos entre todos los pueblos de la tierra... porque el Señor nos ha mirado con gracia, y porque él está a nuestro lado por siempre.

Oremos: *Padre celestial, no tengo palabras para mostrar mi gratitud por la obra que has hecho en mi vida. Te pido que me ayudes a reconocer el saludo del evangelio en cada momento de mi vida. Amén.*

¿Quiénes somos?

“¿Quién eres? Yo soy la voz del que grita en el desierto: ‘Enderecen el camino del Señor’, respondió Juan, con las palabras del profeta Isaías.”

Juan 1:22-23

Muchas veces, cuando las personas van a la iglesia a escuchar la Palabra de Dios, en lugar de meditar en lo que están oyendo, escrutan al expositor. Surgen preguntas sobre la persona que habla, sobre su preparación, y sobre la iglesia a la que pertenece.

La mayoría de las veces, esas preguntas tienen la intención de desviarnos de lo que deseamos anunciar sobre Jesús. En lugar de ser Cristo el enfoque, pasamos a ser nosotros el centro del mensaje. Esta es una tentación que puede conducirnos a hablar de nuestra preparación y experiencia, y a dar a conocer las ventajas de nuestra iglesia y doctrina sobre otros grupos religiosos. Pero es una actitud que nos hace perder un tiempo precioso, y que lleva a discusiones interminables.

Juan el Bautista tuvo esa experiencia. Los fariseos enviaron una delegación para averiguar quién era él. Pero él tenía en claro que su meta era dar a conocer al Mesías que había de venir. Por lo tanto, en vez de hablar sobre sí mismo, usó la Palabra de Dios para hablar el mensaje que le había sido encomendado predicar: que era tiempo de prepararse para recibir al Señor que estaba por venir.

Nosotros tenemos hoy esa misma tarea: hemos sido enviados para anunciar a Jesucristo. Al igual que Juan, utilicemos la Palabra de Dios para hacerlo, porque en ella están las respuestas que el mundo debe conocer para su salvación. Nada mejor que usar la Biblia para que la voz de Dios sea escuchada.

Oremos: *Padre celestial, ayúdame para que cada instante de mi vida esté enfocado en compartir a Jesucristo con quienes me rodean. Amén.*

Imperativos de Adviento

“Estén alerta! ¡Vigilen! Porque ustedes no saben cuándo llegará ese momento.”

Marcos 13:33

La verdad es que nada produce más ansiedad que esperar. En estos días esperamos con ansiedad que llegue la Navidad para celebrar el nacimiento del Niño Dios, y también esperamos con ansiedad su segunda venida.

La ansiedad que sintieron los israelitas porque Moisés se tardaba demasiado en regresar del monte donde Dios le hablaba, los llevó a adorar un becerro de oro. La ansiedad de algunos miembros de la Iglesia primitiva los llevó a dejar de trabajar y a vivir como vagos.

La actitud correcta, en Adviento y en todo tiempo, es atender lo que la Escritura dice sobre esperar a Jesús. San Marcos registra en su Evangelio los imperativos que el Señor dio: “¡Estén alertas! ¡Vigilen!”

Estos imperativos nos exhortan a mantener los ojos abiertos para no ser sorprendidos por la venida intempestiva de Cristo quien puede, en cualquier momento, cumplir su promesa. No debemos permitirnos ser descuidados o indiferentes sobre su arribo.

Estar en guardia para esperar al Señor, es ocuparnos en permanecer cerca y fieles a los signos visibles que él nos dejó: cerca de sus Sacramentos, que nos confieren, por gracia, el perdón y la garantía de salvación; fieles a su Palabra, que nos alimenta y trae buenas noticias, y también fieles como santos de Dios, congregados por su Espíritu en la Iglesia, cumpliendo la misión encomendada de ser testigos del evangelio hasta lo último de la tierra.

No hay duda que esta actitud nos ayudará a estar muy despiertos para el día, cualquiera que sea, en que regrese el Señor.

Oremos: *Padre celestial, por tu amor ayúdame a estar despierto y vigilante hasta el día de tu retorno. Amén.*

Voces humanas con un mensaje divino

“[Juan] Predicaba de esta manera: «Después de mí viene uno más poderoso que yo; ni siquiera merezco agacharme para desatar la correa de sus sandalias.»

Marcos 1:7

A través de los profetas, Dios dio al pueblo de Israel las señales que servirían para identificar la cercanía de la llegada de su Ungido. Esta profecía, como todas las de la Biblia, se cumplió y, del matrimonio de unos ancianos, contra todo pronóstico humano, nació Juan el Bautista.

Juan el Bautista fue un precursor, él que iría delante... en su caso, quien llegaría antes que el Señor. Su misión fue anunciar e identificar ante el pueblo, al “Cordero de Dios que quita los pecados del mundo”. Durante su ministerio, Juan jamás enfocó la proclamación del mensaje en él mismo, sino en el que vendría después de él: “uno más poderoso que yo”.

En una ocasión Jesús, refiriéndose a Juan, dijo que “era el mayor en el reino de los cielos”. A pesar de esa designación oficial por parte de Cristo, Juan humildemente reconoció que ni siquiera merecía “agacharme para desatar la correa de sus sandalias”.

Cuando un pastor predica o enseña la Sagrada Palabra, es lógico que toda la atención de los oyentes esté puesta en él. En esos momentos, un sabio y maduro líder cristiano debe esforzarse en que la atención esté en lo que Dios dice. Es la Biblia la que alimenta; es por oír su mensaje que el Espíritu Santo crea la fe.

Los pastores, maestros, líderes y cada creyente, son las voces que resuenan... pero el mensaje que se oye es el de Cristo Jesús.

Oremos: *Padre celestial, te doy gracias porque, por tu amor, me usas para anunciar las buenas noticias. Amén.*

Luminares de Cristo

“Vino un hombre llamado Juan. Dios lo envió como testigo para dar testimonio de la luz, a fin de que por medio de él todos creyeran. Juan no era la luz, sino que vino para dar testimonio de la luz. Esa luz verdadera, la que alumbra a todo ser humano, venía a este mundo.”

Juan 1:6-9

Juan es una evidencia de la grandeza del amor de Dios. Él era un hombre normal como cualquiera; sin embargo, “Dios lo envió como testigo para dar testimonio de la luz”.

Los líderes espirituales son gente común, con virtudes y defectos, y con necesidades espirituales como cualquier persona. Al igual que ellos, nosotros necesitamos el arrepentimiento, la confesión y la absolución diaria de Dios. Somos muy limitados pero, en las manos de Dios, nos volvemos fuertes, valientes y útiles para su misión.

La utilidad de cada creyente nos ha sido concedida por el Padre, quien usa personas normales para servir como luminares del evangelio y “dar testimonio de la luz”.

En ocasiones podemos sentir que somos incapaces de anunciar la luz de la Palabra, y nos declaramos incompetentes. Sentirnos así no es malo, si nuestras limitaciones nos llevan a depender del Señor y a dejar que Jesús nos dé la fuerza necesaria para anunciar sus Buenas Noticias.

Cada uno de nosotros ha sido honrado por Dios para portar el mensaje de luz, “esa luz verdadera que alumbra a todo ser humano”. La luz no era Juan, ni somos nosotros. La luz es Cristo, quien cambia los corazones e ilumina las vidas atrapadas en la oscuridad del pecado con la fe y el poder del Espíritu Santo.

Oremos: *Padre celestial, yo solo no puedo, pero con la fuerza de tu Espíritu Santo haz de mí una antorcha de Jesucristo. Amén.*